

*Folklore:*

## Nacionalidad y Folklore

Por Manuel F. Zárate.

\* \* \*

Para apreciar la estrecha relación que hay entre lo tradicional popular, vale decir, el folklore de un pueblo, y la nacionalidad, basta y es preciso entender los dos conceptos fundamentales que incumben al tema propuesto o sea los conceptos de Nación y de Folklore. Trataremos, pues, de esclarecer, aunque brevemente, dichos conceptos. Y como el propósito de este pequeño ensayo es el de la divulgación y aleccionamiento dentro del campo de la educación, usaremos métodos de didáctica sencilla.

La definición más simple de **folklore**, voz admitida desde hace mucho por la Academia, aunque no la más científica y analítica, es la que se deriva de su etimología. FOLK, en inglés (lengua en que se originó el vocablo), significa "pueblo", en el sentido de una de las acepciones que esa voz tiene en español: la equivalente a "vulgo", gente llana, de cultura incipiente. LORE pertenece al sajón arcaico y significa "saber". Así que etimológicamente FOLKLORE es "saber del pueblo". Naturalmente, puesto que el vulgo o pueblo de que aquí se trata no está formado por gentes **ilustradas**, el saber a que se hace referencia será un saber **empírico**, es decir, un saber creado, elaborado o aceptado por el pueblo, aprendido y enseñado sin la intervención de escuelas ni de textos. Es el saber propio de los aldeanos, de los labradores, carreteros, pescadores, amas de casa, y dentro de los pueblos y aún de las ciudades, el saber de los artesanos rústicos, de los choferes, talabarteros, cantineros y en fin, de los gremios naturales de las distintas clases de obreros. El mérito o calidad principal de este saber es el de ser un producto de necesidades primarias y urgentes y fruto de las experiencias propias. Por eso se dice que más que un saber, es una sabiduría. Que es un saber destinado a satisfacer necesidades inmediatas, como lo es el saber culto para gentes cultas, lo vemos y comprobamos fácilmente. **No hay duda, por ejemplo, de que el arte folklórico del curandero o "yerbero" se vincula a la medicina y cumple, en su humilde escala, la función de ésta. Podría decirse que el adivino y el brujo se adelantaron a los sabios que predicen el tiempo o los fenómenos sociales. Los humildes artesanos**

y las industrias hogareñas son las precursoras de la manufactura moderna. Y también las bellas artes que proveen los altos gozes del espíritu cultivado tienen en el folklore sus antecedentes y aún fuentes ubérrimas. Muchas de nuestras populares coplas y décimas son dechados de poesía y de ingenio, y lo mismo cabe decir de la música y la danza, los autos y dramas, la vestimenta y los adornos. Vemos, pues, que ese saber es inmenso y variado y que el folklore comprende mucho más de lo que se piensa comunmente y se extiende a todas las actividades del hombre, tanto materiales como espirituales.

Conviene observar que el saber popular o folklórico se empalma y se entrelaza a veces en los pueblos y en los arrabales de las ciudades, con el saber "culto", y a menudo se deja influir por él, lo cual no es defecto cuando el mismo pueblo es el que espontáneamente toma, asimila y acepta esas influencias. Pero suele ocurrir a menudo que ciertos osados "artistas" semi-cultos se apropian de lo folklórico, le introducen elementos arbitrarios, y naturalmente, lo adulteran. De allí que sea, frecuente encontramos con hechos, cuya legitimidad folklórica es discutible y a veces cuya adulteración es francamente manifiesta y chocante para el buen conocedor (los flecos en el calzón oceño, la bandera en un bordado de pollera, el tamborito con aire de cumbia, la pelea de gallos en una rueda de tambor, etc.). Por eso es prudente poseer datos o señales que permitan reconocer lo folklórico y distinguirlo de lo que no lo es. No podemos extendernos ahora sobre esta materia, pero diremos algo. Un hecho folklórico (música, danza, canto, indumentaria, etc.) tiene que ser necesariamente: anónimo, popular, tradicional y funcional además de otras características. Tomemos un solo ejemplo: el refrán "camarón que se duerme se lo lleva la corriente". ¿Quién es el autor? Jamás se sabrá. Luego es anónimo. ¿Se halla difundido en el pueblo? Sí, pues todo el mundo lo sabe; es posesión del pueblo, es popular (compárese con la popularidad de los gallos marcados en la espalda de las camisas de un "montuno"). ¿Se aprende en texto? Nunca. Se transmite oralmente, es tradicional. ¿Cumple alguna función? Claro que sí: Nos enseña o alecciona; no descuidarse ante el peligro. De todo esto se concluye que el refrán en cuestión, es una auténtica muestra folklórica. El dictamen no es siempre tan fácil, pero un poquito de ejercicio y ampliación de las reglas nos permitirá reconocer lo legítimo y rechazar, hoy cuando el folklore está de moda, esas invenciones con que algunos pseudo-folkloristas ofenden la dignidad y la belleza del verdadero folklore.

De entre el vasto y variado material folklórico, hay uno que es el que más conocemos, sin duda el más bello y el que más amamos. Podríamos llamarlo el folklore artístico: comprende la música, la danza, los cantos, los cuentos, las leyendas, la poesía y la indumentaria. Es el folklore que todos sentimos con emoción más o menos honda y en el cual intuimos que hay algo de la fibra y de la savia de nuestra tierra, por su inconfundible forma y por su mágica virtud evocadora. No se necesita ser filósofo ni psicológico para apreciar, cuando goza-

mos de los ritmos, de las endechas o de los colores y prestancias de ese folklore, que en realidad él, "nos hace sentir más panameños", que él robustece y exalta el sentimiento de la nacionalidad. Pero más diáfana se hará esta afirmación y más valor le daremos si nos explayamos un poco sobre el contenido y complejidad del concepto de Nación y de Nacionalidad.

La Nación la constituye una agrupación de individuos aglutinados por un deseo común de vivir juntos y por el sentimiento y conciencia de ser todos partícipes de un patrimonio, de poseer en común también un sentido de vida y una voluntad. Es a ese sentimiento al que podríamos llamar **nacional** y a la conciencia y cualidad de él, **nacionalidad**. Lo nacional será lo que es o pertenece a la Nación como grupo o ente moral. En este sentido, que podríamos llamar antropológico o filosófico, la Nación y la Nacionalidad son fenómenos naturales, propios del ser emotivo y social que es el hombre. De esta realidad deriva y se confunde con ella, a veces, otra, en la cual la nación y nacionalidad se hacen sujeto jurídico y político con funciones de derecho y de poder. Nuestras especulaciones presentes tratan del concepto primero y no del político.

Se confunde en el habla común el término nación con los de gobierno, pueblo, estado, patria, país, república. Se debe en parte a la poca precisión con que se poseen esos conceptos y también a la elasticidad y genio sintético de nuestra lengua. Pero si quisiéramos destacar la idea capital de cada vocablo, veríamos que ellos difieren en contenido específico. Así, con la palabra República se expresa líquidamente una forma de gobierno que es distinta de la monárquica, de la patriarcal o la teocrática. País significa, sobre todo, la circunscripción y área geográfica, que coinciden casi siempre, pero no infaliblemente, con un límite **nacional**. Nótese que **paisano** significa a veces "connacional", pero otras, alude a aldeano o campesino. Patria tiene un sentido más sentimental que moral, más de síntesis emotiva que de realidad física, es un complejo edificante de amor, no de persona, como la Nación. El Estado es la forma jurídica que toma la nación para su propio gobierno. El gobierno es el instrumento o mecanismo que el Estado emplea para mantener el orden, administrar los bienes y cumplir con las funciones que le están encomendadas. El Estado es sólo algo en quien el pueblo, que por sí mismo no puede gobernarse directamente, ha delegado las facultades de poder, soberanía, mando, etc. El pueblo es la gente, la población que reconoce y acepta una jurisdicción y gobierno en común. Podemos ver, sin esfuerzo, que en ninguno de los conceptos aquí esbozados aparece claramente contenido el de nación o el de nacionalidad. El de **pueblo** es sin duda el que más afinidad tiene con nación. Sin embargo, pueblo, para el sociólogo o el antropólogo tiene valor y sentido un tanto diferente y con menos valor humano, me parece a mí, con más calidad física que moral. No todo grupo humano constituye una nación, como no todo individuo es una persona. La Nación es mucho más que el pueblo; es la superestructura moral de

él; su conciencia de SER. Para la nación es esencial un largo proceso de formación, un conjunto de componentes psíquicos, la inexorabilidad de su aparecer, su evidencia inmanente. La Nación es un ente real y moral más complejo y fundamental que los otros mencionados. Es también, en cierta medida, independiente de y anterior a todos ellos. Antes de que los panameños se independizasen de Colombia, antes aún de separarse de España, teníamos ya una nacionalidad, es decir, un parentesco entre sí, la conciencia de un destino, de un modo de ser y de una voluntad común. Un Estado o una República pueden improvisarse en cierto modo. La Nación es la resultante de un largo proceso de convivencia. Una sociedad puede hacerse o fracturarse al azar, puede relajarse y desaparecer en un corto lapso. Una nación, con su estructura moral sobre la física, difícilmente se aniquila o modifica. Piénsese en la Nación judía, que ha sobrevivido al tiempo y a la tragedia errante por milenios. Y la de Polonia que sobrevivió el interregno en que su territorio estuvo dividido entre poderosas potencias.

Quizás comprendamos mejor el hondo sentido de la nacionalidad si enunciemos los principales factores que contribuyen en el tiempo y en el espacio a su formación. Algunos de los elementos son fundamentales para la formación, otros son coadyuvantes. Lo básico y absolutamente insustituible, ya lo hemos mencionado, es el pueblo y no volveremos sobre él.

El territorio es poderoso y básico factor de formación de una nacionalidad. Ya hemos indicado que la conservación de la nacionalidad puede verificarse sin el asiento o suelo, una vez que el sentimiento y la virtud de ella se hallen completamente fraguados. La tierra que ofrece al grupo sustento y visión; lecho y solaz; que estimula el goce, atestigüa penas y acoge los últimos alientos y las cenizas corporales, necesariamente se hace nodriza y cala en el subconciente. Mucho tiene de cierto, aunque no de absoluto, las afirmaciones de que el alma de un pueblo tiene relación visible con el paisaje. Por Ej., el carácter alegre de las gentes de las zonas marítimas, el circunspecto de las tierras altas, el diligente de las latitudes templadas, el hosco pero esforzado de los predios áridos. El sentimiento de apego al solar que sustenta es ley biológica y espiritual. El forma un sedimento de seguridad, a la vez que de orgullo, de gratitud, de nobleza, de estímulo para la lucha y defensa, sentimiento que al ser colectivo une y da un sentido a la vida del grupo. He allí una simiente de lo que puede llamarse ya sentimiento nacional. Hay una redondilla de décima recogida por nosotros en Pedasí, región panameña en que cada hombre es poseedor real de un pedazo de suelo, en la cual el poeta rústico capta la idea que hemos esbozado, en una forma que conmueve y convence. Dice:

**El que no tiene un rincón  
no sabe de sentimiento,  
carece de fundamento,  
de tino y de dirección.**

Aducen los estudiosos como elementos coadyuvantes los de raza, religión y lengua. Sin negar la influencia que tales factores pueden tener en la tarea de amalgamar voluntades, debe tenerse mucha cautela y dominarse bastante el tema, para juzgar en sus dimensiones adecuadas los aportes y también los inconvenientes, que dichos elementos han tenido en la formación de las nacionalidades. El concepto de raza no involucra ya hoy una psicología o carácter dado ni propugna tampoco la idea de que pueda existir una agrupación humana que responda con cabalidad a un patrón somático, a una sangre o a una herencia mental. No hay pueblo que pueda pretender la posesión de una genealogía sin mezclas, y si lo hubiera, carecería de fundamentos para pretender que ello le da una superioridad sobre otros que no la ostentaran. La Biología, la Antropología y la Psicología han desprestigiado, por suerte, las nefastas doctrinas racistas que dieron su aporte a flagelos humanos como el hitlerismo. Infortunadamente es difícil y lenta la divulgación de estas ciencias y ello mantiene aberraciones y prejuicios en muchos grupos, y mantiene también recios vínculos entre individuos de parecida fisonomía con discriminación y negación de simpatía para los que no la ostentan. Eso hace creer, por ejemplo, que sea inevitable e inmodificable el hecho de que los indígenas se resisten por hoy al mestizaje o siquiera a un pleno entendimiento con individuos de otros orígenes dentro del mismo país, o que nuestros grupos de marcada ascendencia hispánica sientan entre sí vínculos que no pudieran existir entre sus componentes y las gentes de color, indígenas o de franco mestizaje. Nos parece que éstos son prejuicios o errores que irán desapareciendo con los progresos de la cultura. Por desgracia su permanencia se debe en mucho a doctrinas creadas por hombres de enorme prestigio intelectual, pero sujetos a ideologías e intereses que dieron por resultados las empresas colonizadoras del siglo pasado. Respecto de lo racial, todo lo que yo me atrevo a decir es que el surgimiento de una nacionalidad sí requiere una especie de estado de equilibrio o punto de reposo en los procesos del mestizaje, lo cual se logra normalmente en la convivencia. Puede también aceptarse que la composición etnográfica o de mestizaje tiene cierta influencia en los modos de expresión del sentimiento nacional. Y muy poco más habría que decir.

Los factores religión y lengua son más conspicuos que el de raza, porque ellos tienen un dominio espiritual que no tiene éste último. Pero ellos se han prestado a falsos pronunciamientos. Cuando uno considera que el cristianismo influyó poderosamente en la formación y la naturaleza de las nacionalidades de occidente, no debería olvidarse que a pesar de la gran unidad de la doctrina, el número de nacionalidades fue grande. Si es cierto que la fe católica sirvió a la unidad nacional de España, cabría tener en cuenta que esta fue también el resultado de una guerra secular de reconquista y un hecho necesario para la defensa futura, en las cuales no puede negarse el valor de la religión, como acicate. La falta de unidad nacional en países como India y Pakistán cuenta entre sus causas determinantes el factor religioso, pero

no es él solo. De otra parte casi todas las naciones europeas existen por encima y a pesar de la diversidad de religiones que profesan sus pueblos dentro de una misma delimitación. Creer en un mismo Dios y orar en los mismos términos, ciertamente obligan a una comunión espiritual, pero puede existir una comunión compatible con distintos credos religiosos. Ello es posible hoy cuando es una realidad la libertad de cultos y el consiguiente apaciguamiento de los fanatismos en materia religiosa.

La lengua es un factor de una fuerte dinámica. No es necesario que una lengua sea exclusiva de una nacionalidad, pues bien vemos que el español, el inglés y el francés, son cada uno, bien legítimo de diversas naciones. Pero la lengua implica un modo de expresión y de pensamiento que constituye a la postre un lazo espiritual dentro del grupo. Cuando en una nación existen grupos que tienen lenguas distintas, es porque bases más fuertes que la lengua, desde la formación misma de la nación, fueron suficientemente fuertes para superar la división creada por las lenguas. En ello no hay daño alguno. Pero si una nación deja que la lengua se corrompa o pierda, con ello se pierde algo del modo de ser nacional, y el daño es irreparable. De allí que la contextura y el vigor de la lengua con que se expresan los grupos nacionales deben ser motivos de cuidado y conservación.

Entre los factores morales de la nacionalidad existen dos que deben considerarse básicos: la Historia y las tradiciones. La Historia mantiene vivo el recuerdo del pasado común y el culto y memoria de los seres que dieron lustre a la nación. Así como en una familia todos sienten orgullo y estímulo por el gesto heroico o las virtudes de un antepasado, y encuentran en ese recuerdo un motivo de acercamiento, así los pueblos tienden a acercarse por motivos históricos. Por eso vemos que aún en las sociedades primitivas la historia se transmite mediante los relatos orales de sacerdotes o narradores consagrados. Con mayor razón el cultivo de la historia y en particular sus elementos edificantes, deben ser factor educativo indispensable en los pueblos cultos.

El otro elemento primordial de aglutinación es la tradición popular y los componentes de esa tradición. Es aquí donde tiene su puesto el folklore. Este factor es tanto más importante cuanto que parte de él reemplaza en el pueblo que lo practica, la emoción histórica, ya que ésta es más bien patrimonio de la gente "cultas". Pero además, sabemos que muchas de las formas del folklore, en especial las de carácter recreativo, ejercen en personas cultas y no cultas un impulso anímico y una emoción ineludiblemente asociados al ámbito nacional. En el vulgo que practica el folklore, la magia de éste es, desde luego, insustituible como elemento de fusión y de arraigo. Desde la cuna el hombre común ha vivido unido a ese mundo material y espiritual que es el folklore y es natural que lo confunda con la esencia de su región y de su país, aún cuando carezca de la facultad de

análisis y no muestre mucho, conciencia de ello. Instintivamente allí encuentra él un motivo o un sentido que lo liga a un grupo o familia y a una región diferenciada. El folklore representa toda su cultura y todo su saber, y siendo un patrimonio propio, tiende a defenderlo y conservarlo. Reflexiónese un poco lo que para el hombre del campo sin grandes horizontes culturales, ni grandes riquezas materiales, significa la seguridad de una choza o de una casa poblana, de un trozo de suelo con su molienda, su chiquero y su corral, la familiaridad de la quebrada y el cerro vecino, las "juntas" y alegres faenas de desmontes y cosechas, y en las noches el descanso en las tertulias amenizadas con cuentos y relatos; y en los días de fiesta, los cantos regionales, su música y sus danzas, su indumentaria y sus adornos, sus lances de hombría, sus facultades de cantor o de poeta, en fin, todo eso que hoy llamamos la tradición laboral y recreativa del hombre del agro. Considérese cuál ha de ser la fuerza emocional de todo ésto, para atar los hombres entre sí para unirlos al suelo y al ambiente y para darles ese sentido y conciencia de valor comunal, que es en el fondo componente indispensable del sentido nacional. Téngase en cuenta, además, que el folklore, como la nacionalidad, son resultantes de largo proceso de formación y que precisamente dichas formaciones son concomitantes, en el tiempo y en los sujetos que los elaboran. Son fenómenos inseparables que tocan simultáneamente las mismas fibras del individuo. No es extraño, pues, que el hombre del pueblo sienta confundirse en él patria y canto nativo y que el poeta rústico diga con sencillez:

**Panamá tierra querida,  
en donde me crié y nací,  
desde que te conocí  
mi corazón no te olvide.**

Se explica así que abunden las coplas y décimas con el tema de la montaña más esbelta de la región, con el del "palito de uvero", con el del viejo socabón o guitarra campesina y que hoy esa musa se halle toda llena del tema y del conflicto entre nuestros derechos soberanos y las imposiciones y regateos de los tenedores de la Zona del Canal. Yo creo que así como a veces se ama a una mujer solo por sus ojos o por su sonrisa, así nuestro hombre común ama a su patria y siente su presencia por cualquier rasgo o bondad de su rincón; y no hay duda de que ese hombre ama con ansia su tradición, su suelo, su pueblo. Nótese que en las regiones de nuestro país en donde la población no posee ni practica un folklore definido, el sentido y vigor de la panameñidad son más flojos y a veces inexistentes. Nótese que el arte culto busca instintivamente en el folklore inspiración para su renovación y para su sentido nacional, es decir, para realzar su valor frente al concierto del arte universal. Obsérvese, en fin, cómo el pueblo se recoge y casi siempre se exalta bajo el estimulante de los cantos, música y danzas nativas. Ese recogimiento y participación instintiva y conjunta, por lo menos en forma espiritual, entre espectadores y ejecutantes, es cierta hasta en los casos en que oímos por vez primera

una tonada o vemos una danza, oriunda de una provincia o región que no es la natal nuestra. Oí una vez a un amigo ya desaparecido, culto e ingenioso, decirnos con algo de humor, que él no sabía dar un paso de tamborito, pero se daba perfecta cuenta de que nada ponía más de acuerdo a dos panameños que una rueda de tambor. Me parece todavía de un gran alcance aquella afirmación, la cual expresa mucho la mágica virtud de nuestro primer baile nacional.

No hemos pretendido con esta disertación y llevados por nuestro gran amor a la tradición panameña, afirmar o hacer creer que ella es la única y constante fuente de la nacionalidad. Tampoco, al defender la autenticidad y conservación de los patrones folklóricos osamos oponernos a las leyes de su natural plasticidad y evolución. Pero sí, al terminar afirmamos que la tradición popular, y en particular el folklore, son de los más vigorosos ingredientes del sentimiento de la nacionalidad. Ese tan discutido sentido o concepto de lo "panameño", habrá de encontrarse cuando a los elementos que hoy se le adjudican, se le sume el de la tradición popular. Sostenemos también que todavía nuestros estadistas y dirigentes, nuestros educadores y nuestras elevadas instituciones de cultura, no prestan al folklore la atención ni el celo que él merece. Propugnamos por una empresa oficial para la explotación, la recolección, difusión y exaltación de nuestro folklore. Clamamos también por una labor de fiscalización para que elemento tan digno como éste no sea presa de adulteraciones, de explotación y de abusos. Que se procure su empleo como goce del espíritu, para la cultura y para la integración creciente del espíritu y de la soberanía de la Nación, de la cual es indudablemente un elemento y un símbolo eficaz.



### A NUESTROS COLABORADORES

Al aceptar colaboración espontánea "LOTERIA" no contrae la obligación de publicar toda la que recibe, sino sólo la que sea recomendada al efecto por el Editor.